

Na 1087227
Nea 1609204

P-14-21

Núm. 18.

I

RAQUEL,

TRAGEDIA EN TRES ACTOS.

SU AUTOR

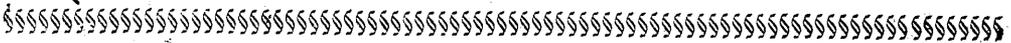
DON VICENTE GARCÍA DE LA HUERTA.

OCTAVA IMPRESION:

FIELMENTE CORREGIDA POR EL ORIGINAL.

PERSONAS.

Alfonso Octavo, <i>Rey de Castilla.</i>)	Garcerán Manrique de Lara, <i>Idem.</i>
Raquel, <i>Judía.</i>)	Castellanos.
Ruben, <i>Confidente de Raquel.</i>)	Guardia del Rey.
Hernan García de Castro, <i>Rico Hombre.</i>)	Acompañamiento de Judíos y Judías.
Alvar Fañez, <i>Idem.</i>)	



ACTO PRIMERO.

En el antiguo Alcázar de Toledo salon comun de Audiencia, con silla y dosel Real en su fondo. Salen Garcerán Manrique, y Hernan García.

Manr. **T**oda júbilo es hoy la gran Toledo:
 el popular aplauso y alegría
 unidos al magnífico aparato
 las victorias de Alfonso solemnizan.
 Hoy se cumplen diez años, que triunfante
 le vió volver el Tajo á sus orillas,
 despues de haber las del Jordan bañado
 con la persiana sangre, y con la egipcia:
 segundo Godofredo, cuya espada
 de celestial impulso dirigida,
 al cuello amenazó del Saladino,
 tirano pertinaz de Palestina;
 quando el poder, y esfuerzo Castellano

cobró en Jerusalem la joya rica
 del Sepulcro de Cristo con desdoro
 del frances Lusignan ántes perdida;
 y hoy tambien hace siete, que postrado
 el orgullo feroz de la Morisma,
 le aclamaron las navas de Tolosa
 por sus proezas Marte de Castilla:
 y ofreciendo los bárbaros Pendones
 por tapetes del Templo de María
 perpetuó de la hazaña la memoria
 con la celebridad hoy repetida.
 En confuso tropel el Pueblo corre
 por ver á su Monarca, que este día
 dexándose gozar de sus vasallos,

hacer mayor la fiesta determina.

La corte toda al templo le ha seguido:
y pues que nuestra falta conocida
no podrá ser en tanta concurrencia,
esperemos en estas galerías
á que vuelva, si quiere honrar el lado
de Garcerán Manrique, Hernan García.

Garc. Si Garcerán: agradecido admito
tu cortés expresion; mas no repitas
memorias, que ó del todo están borradas,
ó tan notablemente obscurecidas.
Esperemos, sí, á ver con indolencia,
que en tan enorme subversion prosiga
el desórden del Reyno y su abandono,
del intruso poder la tiranía,
el trastorno del público gobierno;
nuestra deshonra, el luxo, la avaricia,
y todo vicio en fin, que todo vicio
en la torpe Raquel se encierra y cifra:
en ese basilisco, que de Alfonso
adormeció el sentido con su vista
tanto, que solo son sus desaciertos
equivocas señales de su vida.

Siete años hace, que el octavo Alfonso
volvió á Toledo en triunfos y alegrías,
y esos hace tambien que en vil cadena
trocó el verde laurel que le ceñía.

¿Pues cómo, quando dices sus hazañas,
Garcerán, no repites la ignominia,
con que hace tanto tiempo que en sus lazos
enredado le tiene una judía?

¿Cómo, quando sus triunfos nos refieres,
la esclavitud ignominiosa olvidas
de la plebe infeliz sacrificada

de esa Ramera vil á la codicia?

¿Cómo de la nobleza y de sus fueros
omites el ultrage y la mancilla?

Reyna es Raquel: su gusto, su capricho,
una seña no mas ley es precisa
del noble, y del plebeyo venerada.

Estas hazañas añadir debias

á la historia de Alfonso, si te precias
de ser, ó Garcerán, su coronista.

Manr. Permíteme admirar el que así olvides
la obligacion, Hernando, de la antigua
nobleza de tu sangre. Los leales
jamás acciones de su Rey critican,
aun quando el deshacierto los disculpe.
Los Reyes dados son por la divina
mano del cielo; son sus decisiones

Leyes inviolables, y acredita
su lealtad el vasallo, obedeciendo.

Quien sus obras censura, quien aspira
á corregir sus yerros, el derecho
usurpa de los cielos, y aun vendria
á ser audacia atroz...

Garc. Quando se aparta
de lo que es justo el Rey, quando declina
del decoro, que debe á su persona,
lealtad será advertirle, no osadía.
En el excelso trono es donde debe
resplandecer mas tersa la justicia;
y un Rey con sus acciones mayor cuenta
debe tener: que el vicio que sería
apénas conocido en las cabañas,
sí en los Palacios Reyna, escandaliza.

Manr. El que profiera quejas...

Garc. No me quejo

de Alfonso yo: lamento la desdicha
de este reyno infeliz, presa y despojo
de una infame muger prostituida:
del Rey el ciego encanto, las prisiones
con que esta torpe Hebrea le esclaviza:
la soberbia, el orgullo, el despotismo
con que triunfa del reyno cada dia.

La primera persona de la Corte
es Raquel: á su obsequio se dedican
los grandes y pequeños, que presumen
ser las baxezas puertas de la dicha.

¿Quién, Garcerán, no teme, aunque su ilus-
nacimiento y conducta le distinguan, (tre
caer en su desgracia? De su arbitrio
penden honor, hacienda, fama y vi-

agotados del Reyno los tesoros
tiene su profusion: su altanería

por sumision, adoracion pretende;
besarla el pie, doblarla la rodilla,
el medio de medrar es en la Corte.

¿Y esto los Ricos Hombres de Castilla
deben sufrir? Es esto ser leales?

esto no es lealtad, es villanía.

Manr. Conozco tu razon; veo que Alfonso
hácia su perdicion se precipita:

de Raquel la injusticia considero:
pero Alfonso es mi Rey: Raquel me oblig
con beneficios: fiel y agradecido
debo ser á los dos; que ofenderia,
si obrara de otro modo, mi nobleza.

Mas Raquel sale.

Garc. Qué desvanecida

la tiene su privanza y su fortuna!

Manr. Qué belleza tan grave y peregrina!

Garc. ¡Y qué bien entre godos capacetes parecen, Garcerán, tocas judías!

Salen Raquel, Ruben y acompañamiento de Judíos, y Judías.

Raq. O Garcerán!

Manr. En hora buena salga

á dar esmalte nuevo al claro día
la aurora de Toledo. Tantos siglos
goces esa beldad, Raquel divina,
quantas arenas de oro el rico Tajo
revuelve en sus corrientes cristalinas.

Garc. Qué torpe adulación!

Raq. Tanto agradezco,

Manrique, tu atencion, quanto me admira
ver, que los Ricos Hombres desaparen
de Alfonso el lado en tan notable día;
y ociosos en las quadras de Palacio
asistan, quando fuera mas bien vista
la asistencia á su rey, en los que tanto
se precian de leales.

Garc. Qué osadía!

Manr. Yo... Raquel... Mi respeto...

Garc. Su respeto á Manrique.
los nobles á su Rey solo dedican.
á Raquel.

Quando Alfonso en las navas de Tolosa
esgrimió contra Alarbes la cuchilla;
ó quando los Persianos esquadrones
en los campos domó de Palestina,
entónces le seguí, sin que á su lado
faltase mi persona noche y día.

Mas ahora, que en fiestas se entretiene;
que no hay fieros contrarios que le envis-
y que guerras de amor solo sustenta, (tan;
no ha menester, Raquel, mi compañía.

Tropas de aduladores le acompañen
de tantos que alimenta la codicia,
miéntras viva en su corte: que en campaña
siempre el primero fué Fernan García.

Raq. Qué presuncion tan fiera! Tus razones
bien la aspereza bárbara acreditan
de tu rústica cuna, y tu crianza.

Lo incultó de los montes de Castilla
no llevan fruto ménos desabrido
que tu barbaridad, y grosería.

Patria de fieras, y de atrevimientos
han sido siempre: bien lo califica
la avilantez con que de Alfonso el nombre

ha insultado tu voz. Y si se ha
en su piedad el grave desafuero,
con que á él te atreves, advertir debias,
que aunque piadoso, es rey: que de su arbi-
dependen las fortunas y las vidas: (trio
y no están muy seguras las del necio,
que no teme á Raquel por su enemiga.

Garc. Qué vanas amenazas! Los vasallos
que como yo su lealtad confirman
con tantas pruebas: que su sangre ilustre
en defensa de Alfonso desperdician:
aquellos que en sangrientos caracteres
de heridas por su nombre recibidas
llevan la executoria de sus hechos
sobre el noble papel del pecho escrita,
ni temen amenazas, ni calumnias,
por mas que les combata la malicia.
Pero á tí, á quien estéril de esos montes
el terreno parece, es bien que diga,
(para que de un error te desengañes)
que á esas montañas que desacreditas,
la libertad de España se les debe;
que en el Alarbe yugo gemiria
por ventura hasta hoy, si su aspereza
no hubiese producido esclarecidas
almas, que con valor y atrevimiento
sacudiesen del cuello la ignominia.

Y no cansado su feraz terreno
espíritus produce todavía,
que el vicio y la maldad abominando,
poderla derribar al fin confían
del supremo lugar, del alto asiento
que tan indignamente tiranizan. *Vase.*

Ra. Qué esto sufra? que siendo yo de Alfonso
dueño absoluto, (acábenme mis iras) (so
á ultrajarme se atreva así Fernando!
Visteis tal libertad? tal osadía?

¿De qué el poder me sirve si á mis plantas
no ofrece el labio, la cerviz no humilla?
Pero hoy verá Toledo con asombro
castigadas sus locas demasías.

O cuánto Alfonso tarda! Ya el deseo
de ver sus altiveces abatidas
impaciente me tiene. Tú, Manrique,
advierte luego á Alfonso.

Manr. Si te obliga
con esto mi obediencia, ya te sirvo. *Vase.*

Ra. Ruben, soy yo Raquel? ¿Soy quien solita
en el alma de Alfonso, y en su Corte
ser adorada en vez de obedecida?

Raquel,

Soy quien las riendas del gobierno tiene en sus manos? quien premia, y quien castiga? Sácame ya, Ruben, de tanta duda: (ga? que al verme así ultrajada y ofendida, mi poder y mi suerte desconozco, y pienso que no soy la que solia.

Rub. No al enojo la rienda, Raquel bella, sueltas así. De Hernando la osadía honras con tu pesar. Yo te he criado; por mi astucia, Raquel, y mi doctrina te has dirigido en toda tu privanza, desde el día feliz, en que rendida al imperio quedó de tu hermosura de Alfonso octavo la soberanía. Que acertados han sido mis consejos, sus felices efectos acreditan.

Esta verdad supuesta, la venganza no está en tu mano? Pues por qué fatigas tu corazón con tales sentimientos?

Muera Fernando, muera quien irrita á Raquel; y si el reyno se le atreve, libre de su rigor no quede vida; pero sea, Raquel, con disimulo: no armes con amenaza la malicia: sientan el golpe los que te ofendieren, primero que el amago de tus iras; Alfonso quanto pides te concede: su corazón, su cetro y Monarquía riges á tu albedrío. Pues si tanto te puedes prometer, en qué vacilas? Muera Fernando, el pueblo, la nobleza, y si te ofende, abrácese Castilla.

Raq. Abrácese Castilla, y muera Hernando: sí, Ruben; ¿Mas tan graves demasías no deberán sentirse?

Rub. No lo niego: mas deberán hallarte prevenida. Siempre al favor persiguen enemigos, que es la privanza madre de la envidia. Los Ricos Hombres tienes agraviados; pues los honores que á ellos se debían, por tu mano se dan á los Hebreos. Si los ofendes tú, qué maravilla es que se quejen ellos? Mas ya el ruido manifiesta, que Alfonso se aproxima. Ya llega.

Raq. Ahora de mi justo enojo, ¿tendré satisfacción; verá García, si se ofende á Raquel impunemente, y si es bien temerario quien la irrita.

Salen Alfonso, Manrique, Alvar Fañez, y acompañamiento.

Alf. Aplíquese al desorden el remedio, Alvar Fañez, si da lugar la ira al discurso.

Raq. Admitid, amado Alfonso, (de rodillas) una alma...

Alf. Raquel, calla: no prosigas: apartándola. no quando el corazón en iras arde, ahogue las venganzas que fulmina. Segunda Troya al fuego de mi enojo ha de ser hoy Toledo, ¿Quién creeria tan audaz desacato? ¿Se ha olvidado Castilla, de que Alfonso la domina? ¿Sabe que aquesta espada, aqueste brazo es segur de la parca contra vidas de traydores? y qué... Pero, qué dudo? Lugar no quede, puesto no se omite sin exámen: procurese el alevoso autor de aquella voz tan atrevida, tan indigna de pechos castellanos: los cómplices se busquen que la animan: que á mi poder protesto, y á los Cielos, que el grave desacato escandaliza, que ha de ser mi venganza y su castigo asombro de Toledo y de Castilla. Parte tú, Garcerán: los sediciosos asegura si puedes, ó averigua, que ha de ver hoy España y todo el Orbe si Alfonso octavo de quien es se olvida.

Manr. No quedará lugar que no se inquiere en busca del traydor. *Vase.*

Alvar Fañ. Tan conmovida está Toledo, que será difícil poderla sosegar.

Alf. Pues mientras rija este brazo el acero victorioso, rayo que intentos bárbaros derriba, tiemble Castilla, España, Europa, el Orbe de Alfonso la venganza.

Raq. Sumergida estoy en confusiones.

Alf. Tú, Alvar Fañez, sígueme.

Raq. Así, Alfonso, de mi vista *Deteniéndola.* sin oirme te aparta? En qué culpa ha incurrido mi amor? Tú te retiras de mí, grave y severo? Qué mudanzas son aquestas, Señor?

Alf. Nada me digas,

aquesto es ser Alfonso desdichado,
y Raquel la ocasion de sus desdichas.

Vase con el acompañamiento.

Raq. Ay de mí, qué he escuchado! Tú Alvar
explícame este arcano. (Fañez,

Alvar Fañ. Pues te avisan
que eres tú la ocasion de tantos males,
la respuesta te puedes dar tú misma. *Vas.*

Raq. Estoy despierta, ó sueño por ventura?
A Ruben.

Rub. No sé, Raquel: la misma duda agita
mi discurso y razon, imaginando
que es quanto he visto, sueño ó fantasía.

Raq. Qué especie de dolor tan inhumano
es este, ó corazon, que por primicias
de los males y sustos que me aguardan,
me ofrece la tirana suerte mia?

Quién de tanto favor se prometiera
tan no esperada, tan mortal caída?
y quién, hecha, fortuna, á tus halagos
pudiera recelarse tal desdicha?

Alfonso me aborrece: sus desvíos
de mis temores la verdad confirman:
pues cómo podrá ser ya venturosa,
la que se ve de Alfonso aborrecida?
¡qué necio quien se fia de la suerte,
sin advertir, que el tiempo y que los dias,
que ciudades destruyen y edificios,
favores y privanzas aniquilan!

Qué causa puede haber, amado Alfonso,
para tanto desvío? mis caricias
en qué te han ofendido, que por premio
solo odio y desagrado se concilian?

Mas ay de mí! que en vano me desvelo,
en buscar la ocasion de mis fatigas;
pues la suerte que empieza á perseguirme,
por doblarme el dolor, querrá encubriria.

Rub. Así, Raquel, tu corazon desmaya
en tan fuerte ocasion, donde es precisa
la constancia mayor? En los principios
si un mal, aunque sea leve, se descuida,
fuerzas del abandono va cobrando,
que el remedio despues inutilizan.

Reciente es este mal; aun se está en tiempo
de poderle acudir; quien averigua
la causa de un dolor, con mas acierto
aplicarle podrá la medicina.

Inquiérase, Raquel, de esta desgracia:
la ocasion; que despues de conocida,
si no cede á remedios ordinarios,

buscará los extremos mi malicia.

Ra. Bien, Ruben, me aconsejas: en que dudas?
al yugo vuelva la cerviz ativa,
segunda vez Alfonso: el fin se logre
y el medio sea qualquiera que tú elijas.
Lícito es quanto sea conveniente:
propia moral de la venganza mia.

Ruido dentro.

Mas ay de mí! qué estrépito confuso
oir se dexa? El alma pronostica
el corazon, latiendo apresurado,
algun cercano mal.

Rub. Ya mas distintas
se perciben las voces: nunca pruebas
mayores dió de sí la cobardía,
que al escuchar rumor tan temeroso.

Voz dentro. Muera Raquel, para que Al-
fonso viva.

Raq. No es delirio: verdad es la que toco:
y esto sufre mi enojo? esto mis iras?
Espera, vulgo bárbaro, atrevido,
que si mi sangre á derramar conspiras,
verás que á costa de la tuya sabe
defender y guardar Raquel su vida.
Mas ay de mí infeliz! adónde corro
sin consejo, ó Ruben? Ya se averiguan
las causas del enojo y del desvío
de Alfonso? quién lo duda? Hernan García
el pueblo ha sublevado. Qué consejo
me das, Ruben?

Rub. Ceder á la desdicha.

Vase.

Raq. Tú tambien me abandonas?

Sale Manr. Si procuras
la vida conservar, que aquí peligras,
huye, Raquel; en la vecina torre
de este alcázar te salva; conmovida
está toda Toledo en daño tuyo;
huye del riesgo, el mal presente evita.

Raq. Ay de mí! qué es posible lo que es-
cucho?

Que hicieses mutacion tan repentina,
engañosa deydad, que la que un tiempo
tanto elevaste, así la precipitas?
Mas si es fuerza ceder á la fortuna,
huyamos ya, Raquel: de asilo sirvam
hoy á tus desventuras esas torres,
que fueron el teatro de tus dichas.

Vase.

Manr. Ya se fué. El alboroto va creciendo:
pero ya el Rey...

Salen Alfonso, Alvar Fañez y acompañamiento.

Alf. Manrique...? *Apresurado.*

Maur. Quién podría persuadirse; Señor, tal desacato? El pueblo, como el ruido lo publica, el alcázar rodea: en grave riesgo está vuestra persona: la atrevida voz que se oyó en el templo esta mañana, el vulgo alborotado abanderiza; y quando yo pensaba contenerle, como mandaste, ví que Hernan García el intento feroz acaudillando, la accion acaloraba, y en la grito era el primero á quien se le escuchaba: muera Raquel, para que Alfonso viva.

Alf. Qué es esto? pudo Hernando (es increíble) tan infame bastardía? (ble) Hernando, aquel que ha dado tantas pruebas de su fidelidad, ahora conspira (bas) contra mí? aquel Hernando...?

Maur. El disimulo mas culpable, Señor, y mas indigna hace toda traicion.

Alvar Fañ. No así motejes, si otra prueba no tienes mas precisa, de Hernando el proceder.

Maur. Tú le disculpas?

Alvar Fañ. Yo de un noble jamas afevosías me persuado, y el crédito suspendo en caso igual á la evidencia misma.

Alf. Pues yo por alevoso le declaro: quien tropas de traidores acaudilla, quien á su Rey se atreve, no merece otro nombre, otro trato, otra divisa. Mas si es traydor Hernando, su garganta el filo probará de mi cuchilla, contra alientos y espíritus alevos centella de las nubes desprendida. Hernando muera, mueran los traidores que me ofenden con él, y....

Sale García.

Garc. Bien fulminas *Arrodillándose.* contra mí esa sentencia, Hernando muera: en su sangre se embote la hoja limpia de tu acero; pues siendo en tu desgracia, no apetece vivir Hernan García.

Alf. Cómo, traidor?

Garc. Injustamente, Alfonso, *Poniéndose en pie.*

ese nombre me das; y pues te olvidas de mi fé y lealtad, que bien debieras tener con tantas pruebas conocidas, escúchame, y suspende por un breve momento los enojos que te incitan, conocerás tu engaño, y la calumnia, con que á mi honor se atreve infame envidia.

Alf. Qué disculpa has de hallar que abonar pueda

tu exceso, tu traicion, y tu osadía?

Garc. Sabrás la, si me escuchas.

Alf. Pues empieza:

aunque por este instante para oírla, sin olvidar tu ofensa, mis enojos, mi indignacion, y mi furor reprima,

Garc. Esa voz, que de escándalo y desórden el viento puebla, ó noble Alfonso octavo, monarca de Castilla, quien por siglos cuenta el tiempo feliz de tu reynado: esa voz, que en el templo originada profanó del lugar los fueros santos, y de la Magestad los privilegios tan injuriosamente ha vulnerado: si el fin, si los intentos se examinan, y el celo que la anima contemplamos, aliento es del amor mas eucendido, voz del afecto mas acrisolado.

Voz es de tus vasallos, que de serlo testimonio jamas dieron mas claro, que quando mas traidores te parecen, que quando los estas mas infamando. Estos, porque tu error se desvanezca, los mismos son, que en tus primeros años, quando para el recobro de tus reynos Marte armó de valor tu tierno brazo, por tu amor derramaron de sus venas la hidalga sangre: los que acompañando el cruzado pendon en Palestina, rey de Jerusalem te coronaron.

Estos los mismos son que al luso altivo, el bravo aragonés con el navarro, fieros usurpadores de tus tierras, echaron con baldon de tus estados: los que postrando el leonés orgullo en Palencia y Simancas, desterraron de Fernando el dominio ó tiranía, que vínculos de sangre pretextando, se arrogó tu tutela, quando fuiste pupilo en nombre, en realidad esclavo.

Aquellos son, cuyas gloriosas armas
de Tolosa en las Navas, y en Alarcos
terror y afrenta tantas veces fueron
de inmensos esquadrones de africanos.
Estos, Alfonso, son los que te hablan
por mi boca: los mismos que postrados
á tus pies el remedio solicitan
de extremos males, de insufribles daños.
Cuán grandes estos sean, bien parece
que no hay necesidad de recordarlo,
quando para notarlos y advertirlos,
cada rostro te muestra su retrato.
Repara en tus vasallos: sus semblantes
te pintarán con infelices rasgos
la triste situacion en que se hallan
sus altivos espíritus gallardos.
¿Pero cómo han de estar sino marchitos
campos á quienes niega el Sol sus rayos,
jardines que descuida el jardinero,
flor que no riega diligente mano?
Los campos del imperio de Castilla
del valeroso Alfonso abandonados
solo espinas producen y venenos,
que ofenden y atosigan sus vasallos.
Raquel.. Permite, Alfonso, que la nombre,
y si te pareciere desacato
que quejas de Raquel se te repitan,
pague mi cuello culpas de mi labio.
Raquel (vuelvo á decir) no solamente
el reyno tiraniza castellano;
no solo de los Ricos Hombrs triunfa,
no solo el pueblo tiene esclavizado,
no solo ensalza viles Idumeos,
no solo menoscaba tus erarios,
no solo con tributos nos aqueja,
sino que (lo que es mas) de Alfonso octavo
el alma y los sentidos de tal suerte
domina y avasalla, que postrado
obscuramente yace en su ignominia,
siendo mofa de propios y de extraños
Ya no conquista Alfonso: ya no vences
ya no es Alfonso rey: aprisionado
le tiene entre sus brazos una hebreá;
pues, cómo ha de ser rey el que es esclavo?
Estos los timbres son de tus victorias?
Este el fin de tus triunfos y tus lauros?
De este modo coronas tus hazañas?
Para esto de la fama al metal claro
diste gloriosa voz con tus proezas?
Para esto al noble esfuerzo de tu brazo

venciste Reyes, conquistaste imperios?
Sí: para que Raquel atropellando
tus glorias, tus hazañas, tus conquistas,
tus timbres adquiridos y heredados,
obscureciese, Alfonso, tu memoria,
deshonrase tu nombre, y tu reynado.
Si solo el fin los hechos califica,
qué sirven los principios acerrados,
quando son desaciertos los extremos?
Qué importa, Alfonso, que en tus tiernos
años

llenases con tu nombre todo el orbe,
si es ignominia ya, lo que fue aplauso?
Recuerda, pues, de tan pesado sueño,
y sacudiendo este infeliz letargo,
oye de tus vasallos los clamores,
si algun sentido perdonó el encanto.
Advierte el deshonor que te resulta
de comercio tan torpe, y los estragos
que va causando en los cristianos pechos
del vil hebreo el peligroso trato.
Esta es la voz del pueblo que te adora
de su misma pasion arrebatado.
No disculpar pretendo la osadía;
los medios culpo, quando el fin alabo.
Sin mi noticia el pueblo se conmueve:
yo lo digo, y pudiera confirmarlo,
si mi verdad necesitase pruebas,
algun adulador que está escuchando.
Por contener la furia impetuosa
que en mí se compromete, yo me encargo
de exponerte las quejas, y motivos,
que ocasionan el bárbaro atentado.
Este el suceso ha sido, esta mi culpa:
ni mi arrepiento, ni la accion retrato,
Mas si acaso te ofenden estas quejas,
y el enojo y pasion te ciegan tanto,
que á castigar te incitan por delitos
las pruebas del amor mas acendrado,
esgrime ya los filos de tu acero
contra mi cuello fiel, que está esperando

Arrodillándose.

parte de mi lealtad el testimonio
postrero con la sangre confirmado.
Alf. ¿Qué secreta violencia y poderío
encierra la verdad, ó cielo santo,
que quando van á fulminar mis iras
venganzas y castigos; quando el brazo
va á executar el golpe de su enojo,
queda al oírle inmóvil y pasmado?

Alzando á Garcia.

Mas ay de mí! que tanta fuerza tiene la virtud. Ya su imperio soberano en tus voces, Fernando, reconozco, y adoro sus preceptos en tus labios. Soy yo Alfonso? soy Rey? soy de Castilla el invicto caudillo, y quien la ha dado tantas victorias? Ya mi error conozco: ya advierto mi pasión, veo mi engaño, y ya, ó divina luz, con tus reflexos todo el horror descubro de este encanto. Ya el letargo detesto en que he vivido: ya, nobles y leales castellanos, sobre sí vuelve Alfonso á los avisos que á sus errores vuestro amor ha dado. Hoy veréis, que si escándalo del reyno ha sido su abandono tantos años, la enmienda que medita, á borrar basta del yerro la memoria y el retrato. Salga Raquel del reyno: los hebreos salgan tambien con ella desterrados; que ni quiero delicias, ni riquezas, si en perjuicio han de ser de mis vasallos. Tú, Fernando, del pueblo conmovido sosiega el alboroto; y tú entre tanto, Alvar Fañez, dispon que del destierro se formalicen el decreto y bando.

Triunfe esta vez de sí, quien tantas veces supo triunfar de exércitos contrarios, y añada á sus vasallos esta prueba del amor que les tiene Alfonso Octavo.

Garc. Permítame, que el labio humilde im-
prima
en tu planta real. *Arrodillándose.*

Alvar Fañ. Dexa que dando
Arrodillándose.

muestras de gratitud mi gozo explique.

Alf. No os detengáis, que el pecho atormentado
está en la dilacion. *(tado)*

Alvar Fañ. Ya te obedezco. *Vase.*

Garc. A executar, Alfonso, tus mandatos,
parto veloz. A tu benigno imperio
erigirá Castilla simulacros. *Vase.*

Alf. Qué es esto, Garcerán, que por mí pasa?
Pero, qué dudo? Parte apresurado:

busca al punto á Raquel: dí, que la espero.

Mauriq. Lo haré, como mandáis. *Vase.*

Alf. Tiranos astros,
dónde llega el rigor de vuestro influxo?
¿Esta pena, este golpe reservado

me tenia? ¿Alfonso de sus fieles
Castellanos con tanto desacato
requirido? no es este atrevimiento?
No; que la pretension es justa, y quando
con razon pide el súbdito no ofende;
que de culpa le absuelve y atentado
lo justo de la instancia. ¡Qué congojas,
qué pasiones y afectos tan contrarios
atormentan al alma! ¿Qué es posible
que á su Reyno motivo Alfonso ha dado,
para que á su decoro se le atreva?
Mas ó qué neciamente que lo extraño!
No se ha olvidado Alfonso de sí mismo?
pues qué mucho es, le olviden sus vasallos?
¿Pero Raquel no sirve á mi locura
de disculpa? ¿el dulcísimo milagro
de su beldad? O suerte rigurosa!
con cuánta confusion lidio y batalla!
Pero no soy Alfonso? De Castilla
el Monarca no soy? Ceda al sagrado
ser de la Magestad un vil afecto.
Las débiles pasiones de lo humano
á la vista del sόlio desaparezan.
Deshaga de mi juicio los nublados
la luz de la razon, que ya despierta
del letargo mortal de tantos años.
Pero aquí Raquel sale.

Sale Raq. En tu presencia
á Raquel tienes ya: del vulgo airado
entrégala al furor y la venganza:
redime tu peligro con su daño.

No me llamas para esto? Esta fineza
no es el premio que tienes preparado
á mi amor? en qué dudas? Raquel muera:
muera, pues en amarte te hace agravio.

Alf. Cuánto, hermosa Raquel, mi amor ofen-
do No añadas al dolor que sufro y paso, (des!)
de tu insulto el rigor y tiranía.

Yo darte á tí la muerte! yo que te amo!
que solo á influxo de tus ojos vivo!

¡que apetezco la vida solo, en quanto
ofrenda puede ser de tu belleza!

Tal presumes de mí? O qué contrario
es mi intento, Raquel! Salvar tu vida
á costa de la mia, es lo que trato.

El pueblo (ya lo ves) que Raquel muera,
ó salga de Toledo, está clamando.

O qué extremos, Raquel, tan rigurosos!
Quién el medio hallará de conciliarlos?
Mi valor y poder no son bastantes

á refrenar su orgullo. Si retardo
cumplir su gusto, á su furor te expongo:
si de mi alcázar, ó Raquel, te aparto,
cierta es mi muerte. Pues Alfonso muera;
muera yo si á Raquel la vida salvo.
Esto ha de ser, Raquel.

Raq. Qué en fin dispones
apartarme de tí?

Alf. El rigor del hado,
mi desgracia pronuncia esta sentencia;
el Pueblo te condena, no mi labio.

Raq. Tropas son de traydores sediciosos.

Alf. Sí; pero prevenidos y arrestados.

Raq. Pues castiga su loco atrevimiento.

Alf. Quando fuera posible ejecutarlo,
temiera que la mina rebentara,
y causase en tu vida mil estragos.

Raq. Desecha ese temor: arma tu diestra;
y si acaso el horror te oprime tanto,
que tu antiguo valor inhabilita,
por tí este empeño tomará mi brazo.
Pues si enciendo la cólera en mi pecho,
si el hierro empuño, si el arnés embrazo,
Semíramis segunda hoy en Toledo
á tus pies postraré quantos osados,
quantos rebeldes, quantos alevosos
aliento dan al sedicioso bando.

Alf. Deten Raquel, la planta: no al peligro
así te precipites sin reparo.
Que te ausentes, es fuerza.

Raq. Tú lo mandas?

Alf. Yo que te adoro, yo, Raquel, lo mando.

Ra. Tú en fin, para que muera, me destierras?

Alf. Yo: porque pienso, que tu vida guardo,
á morir de esta ausencia me condeno.

Raq. Qué no hay remedio?

Alf. Yo ninguno alcanzo.

Raq. Y cuándo he de partirme?

Alf. Luego al punto: (zo,
pues quanto mas, Raquel, se alargue el pla-
corres mayor peligro. Quántas ansias
siente mi corazon al pronunciarlo!

A Dios, Raquel.

Raq. Qué en fin así me dexas? *deteniéndole.*

¿El cariño, Señor, de tantos años,
de tanto amor las prendas no te mueven?

¿Mi desconsuelo, mi dolor, mi llanto
desatiendes así?

Alf. Suerte enemiga,
á qué ocasion tan fuerte me has guiado!

Raq. Qué resuelves en fin?

Alf. Que partas luego.

¿Mas ay de mí! que aqueste duro fallo
contiene la sentencia de mi muerte.
Pero en qué me detengo? en qué reparo?
Huya Raquel á conservar su vida,
mientras queda á morir Alfonso Octavo.

Vase.

Raq. Pues ya, Alfonso, que ingrato me aban-
desatento, cruel, y temerario, (donas,
si me has amado, si en tu aleve pecho
de aquel volcan amante queda rastro,
permítame el cielo, que estas cosas mira,
y está tu ingratitud considerando,
pases por el dolor de verme muerta
al acero cruel de tus vasallos:
que queriendo vengar estas ofensas,
no logre tu rigor ejecutarlo;
que mi sombra interrumpa tu reposo,
y que en pesar continuo y largo llanto
llores la desventura, ingrato Alfonso,
que Raquel, por amarte, está esperando.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Raquel, y Ruben.

Rub. Cómo en inútil llanto el tiempo pierdes,
engañada Raquel? así remedias
la ruina y eversion del pueblo hebreo?
Así, Raquel, redimes las miserias
de tu infeliz Nacion? Así el injusto
bando revocas? De esta suerte piensas
volver á tu perdido valimiento?
¿De tantos infelices las querellas,
que cifran en tu influxo sus alivios,
atiendes de este modo? el llanto dexa:
dexa inútiles quejas y sollozos
á mejor ocasion, y considera,
que el general destierro, que esperamos,
atemoriza á todos, y consterna.
El pacífico hogar, el quieto albergue
edificados por las manos nuestras,
quedarán de su dueño abandonados
á injusto poseedor; y las riquezas,
que acumuló la industria y la fatiga,
apagarán su avara sed apenas.
Considerámos ya, que fugitivos
peregrinamos apartadas tierras,
y entre bárbaros dueños arrastramos

del cuello esclavo la servil cadena.
Ancianos, niños, jóvenes, mugeres
de la suerte que aguardan, se lamentan,
y el triste sollozar del Idumeo
música es, que al castellano alegra.
Reprime, pues, el llanto; y si pretendes
templar con él lo acerbo de tus penas,
resérvale á ocasion mas oportuna.
Del indignado Alfonso en la presencia
las perlas, que aquí viertes sin provecho,
de nuestra libertad rescate sean.

Raq. No, Ruben, con tan frívola esperanza
aumentes mi dolor; dexa á mi pena,
que goze del alivio, que la suerte
por único recurso la reserva.

Nuevos tiempos, Ruben, nuevas fortunas
corren ya aquí. Mis lágrimas, que fueran
bastantes otro tiempo á dar al mundo
sentimiento y dolor, ya se desprecian:
ya en vez de compasion iras concitan.

Quando Alfonso otra vez solo por ellas
la guerra declarara al universo,
del Tajo undoso la dorada vena
retroceder hiciera hácia su origen,
la noche en claro día convirtiera;
tanto en breve tiempo se ha mudado:

tan otro está, que juzgo se deleyta
en verlas derramar. Prueba costosa,
ay memoria infeliz! cruda experiencia
vienen de hacer, Ruben, las ansias mias
de lo poco que puedo, y valen ellas.

En medio de mis lágrimas amargas,
Alfonso, el mismo Alfonso me condena:
de su boca, Ruben, de mi destierro
he escuchado yo misma la sentencia:
de sí Alfonso me aparta riguroso.

Mira, si es bien, que de su mal se duela,
ó que admita esperanzas de consuelo,
quien tan contraria suerte experimenta.

Rub. No tan contraria es, como imaginas.
Los males quando á ser extremos llegan,
como pasar no pueden de aquel punto,
que empiecen á ceder, Raquel, es fuerza.
Ya el desayre mayor has tolerado:
ya no hay (créeme Raquel) cosa que temas,
ya Alfonso arrepentido por ventura,
medios inquire de templar tus quejas.
Solo de Rey respetos le contienen:
y si estos le obligaron á que hiciera
contra tu amor esfuerzos tan violentos,

no dudes, que en su pecho las centellas,
que apagar pretendió un temor en vano,
libre ya de él, con mas furor se enciendan.

Hondas raices el amor ha echado
en el alma de Alfonso: no se quiebran
cadenas, que labraron tantos dias,
Raquel, tan fácilmente como piensas;
ni se puede borrar tan brevemente
la estampa, que en el pecho dexó impresa
pasion tan generosa; pues no bastan
sustos, temores, sobresaltos, penas,
disgustos, amenazas, desventuras,
ni quantos males la naturaleza
por mayorazgo repartió á los hombres,
á retraer á quien amó de veras.

En tí la prueba tienes. Si del mundo
el dominio absoluto te ofrecieran:
si quantas perlas el Oriente envia,
quanto oro Arabia tiene, el Catay sedas,
púrpuras Tyro, olores el Sabeo,
el Turco alfombras, el Persiano telas,
quanto tesoro encierra en sus abismos
el hondo mar, y quanta plata cuentan,
sudaron los famosos Pirineos,
quando Vulcano liquidó sus venas:
si todo esto, Raquel, porque de Alfonso
el amor desdeñases, te ofrecieran,
te moveria acaso? le dexarás?
pudieras olvidarle? Pues si encuentras
ese imposible en tí, ¿cómo presumes,
que Alfonso, cuya amante pasion ciega
exemplo singular ha sido al orbe,
olvidarse de sí tan breve pueda?

Delirio es de tu amor tal pensamiento:
recobra la esperanza, y aprovecha,
si quieres remediar el mal presente,
Raquel, el corto tiempo que te queda.

Raq. Pues puedo prometerme algun remedio
á tan extremo mal?

Rub. La diligencia
madre es de la ventura.

Raq. ¿Y la que tiene
del rigor de su suerte tantas pruebas,
no será necia en esperar ventura?

Rub. Necedad es mayor, creer que deba
favorecer la suerte al negligente.

Raq. Quando remedio ya ninguno queda,
no es prudencia ceder á la desgracia?

Rub. Pero ninguno llamará prudencia,
persuadirse que son irremediables.

los males de la vida. No hay adversa fortuna, que la industria no deshaga ó modere á lo menos.

Raq. ¿Pues se encuentra alguna que remedie tan gran daño?

Rub. Sí, Raquel, si á mi arbitrio te sujetas.

Raq. Ay, Ruben! mi esperanza á nueva vida, con tu discurso has vuelto. Ya se ahuyen con tus consejos sabios mis rezelos, (tan mi temor con tus graves advertencias. Dispon, Ruben: Raquel obedecerte solo sabrá.

Rub. Pues si á mi arbitrio dexas de esta accion el gobierno, nada dudes; cuenta como lograda ya la empresa. Alfonso compelido del respeto de sus vasallos hace resistencia á su amor, y en su quarto retirado finge desvíos, desamor afecta.

Però yo sé, Raquel, que interiormente por verte muere, por hablarte anhela, y que hasta conseguir desenojarte, juzga las breves horas por eternas. Batalla con afectos diferentes el corazon del hombre; mas si llega á tomar el amor en él partido, por él el campo y la victoria quedan. Esto supuesto, Alfonso ha de buscarte: y si hiciere á su amor tan grave fuerza, que el impulso quebrante de su afecto, supla esta falta nuestra diligencia.

Necesario es que á Alfonso te presentes, antes que se efectúe nuestra ausencia, que de esto solo pende la esperanza, y en esto el logro de ella se interesa: pues si vuelve otra vez á verte Alfonso, difícil es que á abandonar te vuelva.

Resuélvete: y en tanto tus pesares á quantos de ellos informarle puedan, ostenta y exâgera astutamente.

Haz, Raquel, aparato de tus penas: lean todos tu enojo en tu semblante: tu dolor todos en tus ojos vean: esto conviene.

Raq. Pues si así conviene, y ves, Ruben, dispuesta mi obediencia, hasta que llegue el lance que meditas, los ayres hincharé con mis querellas, molestaré la tierra con mis voces, (*Vase.* y aun sembraré en los cielos mis endechas.

Rub. Sí, Raquel: que si ayuda la fortuna mis prevenciones, ó he de hacer que vuelvas á ser segunda vez dueño de Alfonso, ó he de perder la vida en esta empresa.

Mas ay de mí! que aunque me aliento en lucho con mil rezelos y sospechas, (vano y de un trágico fin ó desventura el justo horror de confusion me llena. Que lidiar contra un vulgo alborotado, oponerse al poder de la nobleza, y mantener una privanza injusta, quién sino un despechado lo emprendiera? Pero qué importa aventurar la vida? Avenentúrese todo, Raquel tenga segunda vez de Alfonso el alvedrío; que si esto se consigue, ya te queda Ruben, abierto campo á tus venganzas. Muera Hernando, Alvar Fañez tambien muera,

y quantos Ricos Hombres en Castilla contraponerse á mis intentos puedan. Yo haré que en recompensa de su agravio pida Raquel á Alfonso sus cabezas, y que reos de estado por mi industria, les dé amor vengativo la sentencia. Mas dónde Garcerán apresurado así corre? Perpétuas compañeras son de la iniquidad las inquietudes: siempre el malvado lidia con sospechas.

Sale Manr. Ruben, has visto al Rey?

Rub. En su retrete, segun acabo de informarme, queda. Mas qué motivo así te precipita?

Manr. El ganar las albricias de la nueva, de qué ya está Toledo sosegada; y el que antes era todo turbulencia, ya es teatro de aplausos.

Rub. Pues qué causa pudo mover pasiones tan opuestas?

Manr. El haber ofrecido Hernan García de Raquel el destierro, y tu cabeza.

Rub. Mi cabeza, Manrique?

Manr. No lo dudes.

Rub. Qué dices?

Manr. Que á tí el Pueblo te condena.

Rub. A mí! Por qué razon?

Manr. Porque á tu influjo de Raquel atribuyen las violencias: su rigor, su codicia, sus audacias obras de tu enseñanza consideran,

y el encanto y prision de Alfonso Octavo,
lecciones aprendidas en tu escuela.

Rub. Yo, Manrique!... Si el cielo....

Manr. Esas disculpas,

con quien pueda estimarlas, aprovecha.
Duéleme tu desgracia; mas no alcanzo
á remediarlas; así no me detengas,
pues yo sirvo á mi Rey. Solo un consejo
darte podré de mi amistad por prueba;
y es, que en las desventuras declaradas
oponerse á la suerte, es imprudencia. *Vase.*

Rub. ¡O Cortes, ó Palacios, centro infame
de engaños, falsedades y cautela!

quán á mi costa llego á conoceros!

Si éste, que debe toda su opulencia,
su valimiento y auge á mis influxos,

así me corresponde; ¡quánto yerra,
quien de áulicos confia en esperanzas,

quien cree cortesanías apariencias!

Mas cómo en reflexiones impórtunas
malogro el tiempo? El Pueblo mi cabeza

está pidiendo; yo la causa he dado:
el riesgo es conocido, y está cerca.

Qué arbitrio me darás, ingenio mio,
para librarme de ocasion tan recia?

Mas ay de mí! que el cielo acaso quiere
dar á mi iniquidad la justa pena,

y cansado tal vez de tolerarla,
pretende hacer de su justicia muestra.

Escarmienten los malos en mi daño,
y en mi desdicha la impiedad aprenda,

que no siempre se peca impunemente;
y que si acaso el santo cielo dexa

correr tras de sus vicios los mortales,
es por darles lugar para la enmienda,

y que su tolerancia justifique

en medio de las iras su clemencia.

Pero del Rey las guardias se descubren.

Qué es esto? Triste corazón, alienta;

que pues Alfonso al público se ofrece,
aun queda á mis astucias franca puerta.

Venga Raquel: renueve su hermosura
la antigua llaga, que á cerrar se empieza,

y Fenix hoy amor entre cenizas

nuevo ser, nueva vida á cobrar vuelva.

Sale la Guardia.

Guardia. Despejad.

Rub. Ya en el campo de batalla
tienes al enemigo. Ultima prueba
esta es de tu poder, astúcia mia.

Refuerza, amor, tus verdaderas flechas
á favor de Raquel, porque en Toledo
se tremole hoy triunfante tu bandera. *Vas.*

Salen Alfonso y Manrique.

Alf. Retiraos.

A la Guardia.

Qué en fin ya se ha aplacado
el furor de la plebe?

Manr. La presencia

de Hernando refrenó sus osadías,

que solo su valor las contuviera;

y porque mas afianzada quede

la pública quietud, las cien banderas,

y los dos mil ginetes destinados

y prontos á marchar ya sobre Cuenca,

del campo de la Sagra en que se alojan,

sobre Toledo vuelven; y la fuerza

ocupada, señor, de San Cervantes

con el nuevo presidio, ya no queda

motivo de temer; por mas que intente

segunda novedad la plebe inquieta.

Alf. ¡O suerte miserable de los reyes,

quán vanamente el fausto os lisongea,

si juzgais, os exíme de cuidados

el poder, la corona, y la opulencia!

O nombre ciegamente apetecido!

O títulos pomposos de grandeza,

solo sonido, vanidad y viento! (tezca?

Quién, que os conozca, habrá que os ape-

¿Pues qué sirve el poder en los monarcas,

si siempre el rey en sus acciones queda

sujeto á la censura del vasallo,

que injusta las abona, ó las reprueba?

¿Qué sirve la corona, si su engaste

es de la voluntad fuerte cadena,

prision equivocada con imperio,

y esclavitud llamada independenciam?

¿Para qué es la opulencia, si los graves

cuidados, que á los reyes nos rodean,

tiranizan el gusto de gozarla,

ocupándole tiempo en extenderla?

¡O fortuna envidiable del villano,

contento en la humildad de su baxeza,

y libre de los sustos y desvelos

que de continuo al poderoso cercan!

¡O mesa venturosa, que guarnece

grosero plato de paterna herencia

que convierte en sabroso y delicado

aquel placer, que á tu contorno vuela!

Pagiza habitación de la alegría,

á cuyo umbral humilde nunca llega

ni de la envidia el tiro venenoso,
 ni el ímpetu cruel de la soberbia.
 ¡Quánta ventaja haceis á los altivos
 alcázares reales, que aposentan
 por huéspedes perpétuos de sus techos
 desvelos, sinsabores y sospechas!
 ¡Quán libremente sus deseos goza
 el simple Labrador, cuya pobreza
 ni excita emulacion en sus iguales,
 ni en los mas poderosos competencial!
 Si al pellico y cayado el cetro de oro,
 la púrpura real trocar pudiera,
 quán ventajoso el cambio juzgaria!
 ¡con quánta libertad en las florestas
 del amor solámente frecuentadas
 gozara tu hermosura, Raquel bella!
 Nunca de estado la razon tirana
 tanto bien, tanta gloria me impidiera.
 O suerte! O condicion! ¡O reyno, quánto
 me deis, si á Raquel por causa vuestra
 de mí separo! Pero qué pronuncio?
 Podrás, Alfonso, tú, vivir sin ella?
 No: que mi vida pende de sus ojos:
 no: que en su pecho mi alma se aposenta.
 Mas la razon, el reyno, mis vasallos,
 mi honor, su misma vida, las estrellas,
 todo influye en su ausencia. O suerte injusto
 O cruel dolor! O bárbara violencia! (tal
Manr. No deis lugar, señor, á reflexiones,
 que aumentan vuestro mal y vuestra pena.
Alf. Dexa, Manrique, que mi mal me aflija;
 dexa, que mis dolores cobren fuerzas;
 dexa, que mi pasion me martirice.
Manr. Mirad, señor, que vuestra vida....
Alf. Dexa,
 que avivando el dolor y sentimiento
 el fuego que en mi pecho se alimenta,
 en las aras de amor mi triste vida
 ofrenda noble, y holocausto sea.
 Porque vea Raquel; que si ha podido
 el cuerpo separar la suerte adversa,
 el alma no; que libre de embarazos
 á Raquel volará como á su esfera.
 ¡O dias miserables, de horror llenos,
 llenos de lutos, llenos de tristezas,
 los que sin tí, Raquel, ya me amenazan!
 ¡O eternas noches, de dolores llenas,
 aquellas, que tu ausencia lamentando,
 pasaré en largo llanto y mudas quejas!
 Garcerán, si el amor que me has debido,

quieres pagar, con solo una fineza
 saldrás de obligaciones. Con tu acero,
 abre este pecho, rómpeme las venas;
 mi espíritu desata de estos lazos;
 dame, dame la muerte: no suspendan
 la execucion respetos de vasallo:
 piedad será esta vez lo que otra fuera
 el delito mayor, pues se redimen
 con solo un mal inmensidad de penas.
Manr. No así ofendais, señor, mi amor y
 zelo

con proponerme acciones tan violentas,
 tan fuera de razon, y desusadas.
 Volved en vos, desvaneced ideas,
 que os turban la razon y los sentidos:
 conservad vuestra vida; y ved que en ella
 se cifra el bien de todo vuestro reyno.
 Y si el amor, si la pasion os ciega
 tanto, que á riesgo ponga vuestra vida,
 porque esta se conserve, todo ceda;
 todo ceda, señor, á vuestro gusto.
 ¿Pensais, que pueda haber, quien no prefie-
 tanto bien á qualquiera otro respeto? (ra
 Yo os lo afirmo, señor: todos desean
 que vivais á Castilla largos siglos.
 Además de que ya las tropas cerca
 de Toledo, y la plebe sorprendida,
 no queda que temer. Y antes debiera
 de Raquel el destierro revocarse
 en obsequio, señor, de vuestra regia
 autoridad, que queda desayrada
 de otro modo.

Alf. Qué en vano me aconsejas!
 En vano tu lealtad, tu amor y zelo,
 quiere templar lo acerbo de mis penas.
 Cómo! podré olvidar de mis vasallos
 la justa pretension? ¿Bien visto fuera
 que quando ellos por mí se sacrifican,
 de lealtad siendo exemplo, y de fineza,
 como tú dices, yo correspondiese
 á tan notable fe, abusando de ella?
 No, Garcerán: los cielos no permitan,
 que yo amancille con accion tan fea
 la historia de mi vida desdichada.
 Y pues remedio ya ninguno queda,
 acabame, ó dolor, dame la muerte,
 serás piadoso aquesta vez siquiera.
Manr. Apartad ya, señor, el pensamiento
 de tan tristes objetos.
Alf. Mal penetras

del mal, que me fatiga y acongoja,
el rigor, la cruel naturaleza.
Si el enfermo, que siente lastimada
una parte del cuerpo, aunque no sea
de las mas principales, no es posible,
que el pensamiento de su mal divierta;
quien tiene como yo llagada el alma
de herida tan antigua y tan acerba,
cómo podrá, Manrique, distraerse
insensible al dolor que le atormenta?

Manr. Mirad, que llega gente.

Sale un Guardia.

Guard. Para hablaros,
espera, que le deis, señor, licencia
Raquel.

Alf. Qué es lo que escucho? Fuerte lance
me preparas, fortuna: cruda guerra
vas á moverme, amor, en este encuentro.
Pero qué riesgo hay ya, quando no queda
á la revocacion arbitrio alguno?
¿Y no será crueldad, que quando llega
Raquel á suplicar á Alfonso Octavo,
ni aun admitirla á su presencia quiera?
Qué dudo pues? Decid, que Raquel llegue.

Vase la Guardia.

Manr. Ya con Ruben, señor, aquí se acerca.
Vase.

*Salen Raquel, Ruben, y acompañamiento
de Judías.*

Raq. Si presumís, señor, que á vuestras plan-
De rodillas. (tas

segunda vez me trae aquel designio,
de que anuleis el rígido decreto (mo...
de mi ausencia, ó mi muerte, que es lo mis-

Alf. Ay de mí! Alzad del suelo: Raquel llora!
Alzando á Raquel.

Mucho de tí rezelo, valor mio.
Proseguid, pues. Qué es esto dueros astros?
Qué os deteneis?

Raq. Oid, que ya prosigo.
Si presumís, Alfonso, que este llanto,
si pensáis, que estos débiles suspiros,
prendas en otro tiempo inestimables,
quando suerte mejor, y el cielo quiso,
vienen-acaso á ser intercesores
entre vuestro rigor y mi delito,
(si haber correspondido á vuestro afecto,
merecer puede nombre tan indigno)
no lo temáis. Mi llanto y mis sollozos

solo son expresion de mi martirio,
vapores, que á los ojos ha exhalado
la amante llama, que en mi pecho abrigo.
Con muy contrario intento á vuestra vista
vuelvo, señor: pues si antes he pedido
suspendierais el órden de mi ausencia,
llevada de mi amante desvarío;
ya con mejor acuerdo solo trato,
de cumplir vuestro gusto, y solo aspiro,
á dar la última prueba en mi obediencia
del amor, con que siempre os he servido.
Bien sé, que obedecer vuestro mandato
la vida ha de costarme, quando miro,
que no pueda cortarse á menos riesgo
lazos que tanto amor y tiempo ha unido.
Más si en esto, señor, de mi fineza
los subidos quilates acredito,
dulces serán los últimos tormentos,
si han de manifestar cuánto os estimo.
Males no habrá, de quantos me propone
la triste idea del destierro mio,
que no les dé accidente de deleyte
el ser por vuestra causa padecidos.
La dura soledad que me amenaza
en la mortal ausencia que medito,
será recreacion del pensamiento,
al contemplar sois vos quien la ha querido.
El cansancio, señor, la grave angustia
de mi espíritu vago y peregrino
trocará las congojas en descanso,
y hará de la fatiga misma alivio:
y los insultos á que quedo expuesta,
del feroz vulgo adularán mi oido,
viendo, que aborrecerme así les mueve,
de su Rey el afecto y el cariño.
Esto supuesto, y que es inexcusable,
ausentarme de vos, pues mi peligro,
la voz del pueblo, su quietud, los cielos
lo tienen decretado, y convenido;
si algun mérito tiene, amado Alfonso,
tan constante pasion, amor tan fino,
de tantos años la correspondencia,
la noble emulacion conque habeis visto
mi ternura, y la vuestra competirse,
votos con tal desgracia repetidos,
tantas promesas por mi mal frustradas,
conque no pienso ya reconveniros,
pues me tiene tomados mi desdicha
de qualquiera esperanza los caminos;
en recompensa solo una fineza

me atrevo á suplicaros y pediros,
 cuyo derecho no podrá usurparme
 el rigor de esta ausencia ó exterminio.
 Esta es, Alfonso, que pues no es posible,
 apagar esta llama que respiro,
 de mi pecho arrancar vuestro retrato,
 ni de mi pensamiento este delirio,
 os deba esta infeliz que así os adora
 un recuerdo. tal vez, que fuisteis mio.
 Que en los años dichosos, que me amasteis,
 y yo fui vuestra, pudo el amor mismo
 ternezas aprender de mis afectos:
 que siempre el mio fue vuestro alvedrío,
 y finalmente que por adoraros,
 ausente, triste y desterrada vivo.
 Esto, señor, mis lágrimas pretenden:
 este el intento es, que me ha traído,
 á causaros molestias con mi vista,
 y esto lo que por último os suplico.

Esto hará mis tormentos menos graves,
 mis males menos duros y prolixos,
 y aborrecible menos este aliento,
 mientras la parezca tuerza el vital hilo.
 Y pues instan, señor, inconvenientes,
 temores, sobresaltos y peligros (gos
 á que me ausente, ¡ay Dios, cuántos aho-
 el espíritu siente al proferirlo!

dadme, señor, licencia; y este llanto,

Arrodíllase.

última ofrenda, que á mi amor dedico,
 os quede por seguro que ni el tiempo,
 destierro, ausencia, penas, ni martirios,
 azelos, amenazas, ni desastres,
 ni de la muerte el riguroso filo
 serán bastantes á borrar del pecho,
 de tanta fe depósito y archivo,
 la imagen vuestra, que por tantos años
 labró el amor, el trato y el destino.

Alf. Qué es esto, sacros cielos? ¿Qué centella,
 que extraordinario ardor no conocido
 á mi pecho ha inspirado, Raquel mia,
 tu llanto, y tu dolor? Cuando se ha visto
 sino en mi daño tan extraño exemplo?
 fenómeno tan raro y peregrino?

Alza, Raquel, del suelo: de tu llanto
 suspende los raudales: no abatido
 tengas el cielo, de quien eres copia.
 No desperdicies los tesoros ricos
 de tus preciosas lágrimas: recoge
 al lastimado pecho los suspiros.

Dexa el llanto y dolor, dexa la pena
 á este infeliz, á quien el hado impío
 maltrata con rigor tan importuno.

A mí, á quien el perderte es ya preciso,
 y muriendo vivir en esta ausencia,
 corresponde, Raquel, este ejercicio.
 Segura partir puedes, de que en quanto
 este espíritu rija el condolido
 cuerpo, que tantos males debilitan,
 su alimento será y manjar continuo
 llanto y dolor, pesar y sentimiento.

Mas ay de mí infeliz! Qué he proferido?
 Yo, que Raquel se ausente, pensar puedo?
 Yo puedo proponerlo, y consentirlo?
 Yo, que aliento al influxo de su vista?
 Yo, que en fe de que me ama solo animo?
 No es posible, ni el cielo lo consienta.

Raquel, no has de partir: ántes el hilo
 se corte de mi vida.

Raq. Qué he escuchado?

Qué pronuncias, Señor? No sois vos mismo
 quien ha determinado mi destierro?

Alf. Fue atentado, fue error, fue desvarío.

Raq. Pues vos no me intimasteis la sentencia?

Alf. No lo puedo negar: temor lo hizo.

Raq. No os mostrasteis de piedra á mis ra-
 zones?

Alf. O no era yo, ó estaba sin sentido.

Ra. No sois vos mismo quien me aconsejaba?

No sois aquel, que astutamente fino
 me pintaba los riesgos?

Alf. Verdad dices:

tenlo por sueño, tenlo por delirio.

Raq. No despreciasteis mis reconvençiones?

No os ví sordo á mis llantos y gemidos?
 Por fin de mí no huisteis?

Alf. Qué mas quieres,

Raquel, si te confieso mi delito?

Sírvame este rubor, esta vergüenza
 que paso al confesarlo, de castigo.

Errores son, que debes disculparlos,
 pues tuvieron, de amarte, su principio.
 Yo te amaba, Raquel: yo te apartaba
 de mis ojos; contempla mi martirio.

Raq. ¿Con qué facilidad un pecho amante,
 si está tan empeñado como el mio,
 admite las disculpas que desea,
 y aun tal vez disjula su artificio!
 Más quando yo os conceda, que forzado
 obrasteis, y que solo mi peligro

os turbó la razón, es por ventura menor el riesgo ya? los conmovidos corazonos están mas aquietados? se han disipado ya mis enemigos? clama ménos el pueblo? la nobleza pondrá á sus quejas término? ¿Vos mismo á quien ya los temores vencer saben, me dais seguridad de reprimirlos? Quereis que expuesta quede á una violencia del vulgo fiero al bárbaro capricho? (cia? de un soberbio al insulto? Quién me ama, podrá esto tolerar? Qué poderío, qué autoridad, qué auxilio me asegura de tantos riesgos? Si es que os he debido algun amor, Alfonso, no mi vida expongais de esta suerte; y pues preciso es, que me ausente, á Dios, amado Alfonso,

Llorando, y en ademán de irse.

á Dios, y el cielo....

Alf. El cielo que ha querido *Deteniéndola.*

á tan graves desdichas conducirme, y es de mi puro amor y fe testigo, no permita que Alfonso sin tí viva.

Raquel amada, hermoso dueño mio, así á Alfonso abandonas?

Raq. Las estrellas,

el cielo así lo manda, y mi destino.

Alf. Qué en fin estás resuelta á abandonarme?

Raq. Quanto me pesa en este llanto explico.

Alf. Pues si mi desventura es tan notoria, y esta vida, este espíritu mezquino, como inútiles prendas considero:

Sacando la espada.

acero noble, rayo que esgrimido de mi diestra, blasones duplicasteis á Marte poderoso, ya os dedico á mejor ministerio: sed piadoso instrumento de amantes sacrificios.

Y tú, Raquel, si quieres testimonios de mi constante amor ciertos y fixos, pues no oyes mi razon, estas alfombras te los ofrezcan con mi sangre escritos.

En ademan de echarse sobre la espada.

Raq. Deteneós: qué haceis? Qué furia es esta?

Conteniéndole.

Mirad, que de la espada el duro filo, quando amenaza estragos á ese pecho, los obra y executa ya en el mio.

No advertís que ese golpe riguroso será fin de mi vida? ¿Quién ha dicho,

que muerto Alfonso Octavo, Raquel puede vivir un solo punto? ¿Habeis creido, que á vuestra costa pueden redimirse mis desdichas? Vivid, Alfonso mio: vivid, que Raquel solo para amaros la vida quiere. Ya, señor, me rindo á quanto dispusiereis: ya Toledo será otra vez mi centro: no hay peligro, que á trueque de agradaros me dé asombro,

que me dé susto, á trueque de serviros.

Alf. O portento de amor! Sea la eterna gratitud, que te ofrezco, y sacrificio, paga á tanto favor.

Raq. ¿Y los Hebreos,

que no tienen, señor, otro delito, que depender de mí?...

Alf. Ya los indulto.

Y porque tu temor desvanecido del todo quede; porque no rezeles de un vulgo osado los infelices tiros, desde hoy de mi cetro y mi corona serás dueño absoluto. Mis dominios á tu arbitrio se rijan y gobiernen: de todos mis vasallos los destinos de tí dependerán públicamente, porque todos así te estén sumisos. Ha de mi guardia.

Ocupando el Solio.

Salen Manrique, la Guardia, y acompañamiento de Castellanos.

Manr. y los demás. Qué ordenais?

Alf. Atentos.

escuchad lo que mando y determino.

Soy vuestro Rey?

Manr. Por tal os veneramos.

Alf. Sois mis vasallos?

Manr. Este distintivo

nos honra.

Alf. Y lo que yo sobre mi trono mandare y dispusiere, no es preciso que todos le obedezcan?

Manr. Quién lo duda?

nadie debe excusarse de serviros.

Alf. Está bien: y el vasallo que se opone al gusto de su Rey, ¿no es, decid, digno de la pena mayor; y por rebelde no se hace reo del mayor delito?

Manr. No hay duda.

Alf. Pues supuesto que no hay duda, y supuesto tambien, que es gusto mio, sabed, que hoy en mi trono substituyo á Raquel; mi poder y mi dominio la transfiero, y yo mismo la coloco en mi solio real; esto entendido, pues confesais debeis obedecerme,

Colocándola en el trono.

sabed, que ya Raquel reyna conmigo.

Castellanos. Terrible ceguedad!

Manr. Si es vuestro gusto, ya os obedezco, y el primero rindo á Raquel mi respeto.

Van los demas besando la mano á Raquel como Manrique.

Rub. Bien se logra el fin de mis astucias y designios. Ya de nuevo respiro.

Raq. Qué gustoso

es el mando aun en medio de peligros!

Alf. Ya estás, Raquel, en el lugar sagrado, donde nunca alcanzar podrán los tiros de tus contrarios: ya mi imperio todo está en tu mano: ya de tu alvedrío dependen los que quieren ofenderte. Los doce mil Soldados, que destino para asediar a Cuenca, ya en Toledo entrando van; fiada en tal presidio, tu gusto ley de mis vasallos sea.

Raq. Por testimonio de tu amor lo estimo.

Alf. Y porque mi presencia no embarace, que obres con libertad, yo me retiro. A Dios, bella Raquel.

Vase con la guardia.

Raq. El cielo os guarde.

Qué es aquesto, fortuna? Quién ha visto tan extrañas mudanzas en su suerte?

Qué afectos hasta aquí no conocidos el corazon combaten? La venganza me inspira indignaciones y castigos:

y este asiento, que es centro de justicia, contiene mi furor, quando me irrita.

¿Mas podré conservar mi vida acaso, quando me cercan tantos enemigos, por mas que este lugar me privilegie del insulto del pueblo? El atrevido infame vulgo contendrá su furia, porque yo disimule su delito?

No por cierto, que el vil nunca conoce

estas obligaciones; y al maligno, á quien se disimula un desafuero, licencia se le da de repetirlo.

Prueben, pues, mi rigor.

Sale la Guardia.

Guard. Hernan García, y Alvar Fañez, creyendo en este sitio hallar al Rey, entrada solicitan.

Raq. Permitidlos entrar.

Vase la Guardia.

Manr. Duro conflicto!

Sale Alvar Fañez por un lado con un pliego.

Alv. Fañ. Estees, Alfonso, el bando... Mas qué veo?

Sale Garcia por el lado opuesto.

Garc. El obsequioso pueblo... Mas qué miro?

Alv. Fañ. Es ilusion?

Garc. Es sueño?

Raq. Qué os suspende?

Alvar Fañez, llegad. No me habeis visto?

Qué os admira, Fernando? Qué reparos os detienen? Habeisme conocido?

Levantándose.

Yo soy Raquel: Raquel, la que no ha mu-insultasteis soberbios y atrevidos. (cho Raquel soy; qué dudais? á quien Alfonso substituye en su mando; á quien él mismo en su solio real ha colocado;

con quien todo el poder ha dividido;

á quien ya sus vasallos mas leales

tributan los obsequios mas rendidos.

Soy, quien traidores castigar pretende;

quien del rigor esgrimirá los filos

en cuellos alevosos; quien alfombras

hará á sus pies de espíritus altivos,

y será con asombros y rigores

de audacias escarmiento y exterminio.

Tomando el pliego á Alvar Fañez, y rompiéndole.

Mas tú, que de leal haciendo alarde,

solicitas mi daño y precipicio,

advierte, que así apruebo iniquidades,

que así injusticias corroboro y firmo.

Y tú, que diputado de alevosos

viles plebeyos, el enxambre indigno

tan oficiosamente representas,

les dirás de mi parte, cuánto estimo

su fineza, y que ya para pagarla

prevengo hierros, lazos y suplicios.

Vase con Ruben y los demas Judíos.

Alv. Fañ. Es posible que á tanto haya llegado la ceguedad de Alfonso? (do

Garc. Estoy corrido.

No sé cómo he sufrido tal ultrage.

Manrique, es esto cierto?

Manr. Ya lo has visto.

Alv. Fañ. Y tú, lo has permitido?

Garc. Tú lo sufres?

Manr. El que lo pudo hacer es quien lo hizo.

El Rey así, Alvar Fañez, lo ha mandado:

así, García, Alfonso lo ha querido.

Quando su voluntad tan declarada

está, como notais vosotros mismos,

ni debe replicar ningun vasallo,

ni puede resistirla sin delito.

Yo por lo ménos solo sé que debo servir y obedecer al dueño mio. *Vase.*

Garc. Vive Dios, que es deshonra, es ignominia

tal modo de pensar. ¿Pues quién te ha dicho,

infame adulador, que á su Rey sirve,

quien como tú sus ciegos desvarios

óbedece sin réplica, debiendo

conducirle á un desdoro y precipicio?

Mas ya no es tiempo de esto: ya, Alvar Fañez,

de Alfonso ves la ceguedad, ya vimos de esa altiva Judía la arrogancia.

Quién seguro estará de sus caprichos?

Quién no debe temer sus osadías?

Será razon, que el castellano brio

obedezca las leyes de una Hebréa?

¿Será justo, que aquellos que nacimos

los primeros del reyno, para darle

grandes exemplos, mudos y abatidos

una beldad tirana respetemos?

Y el pueblo, que en los dos ha transigido

sus acciones y fueros, será justo

quede sujeto al abandono antiguo?

No, Alvar Fañez: remedio pide el daño.

Alv. Fañ. A quanto quieras, ya me determino.

Garc. Redimamos al pueblo miserable. (no.

Alv. Fañ. Quanto pienses y digas te confirmo.

Garc. Libertemos á Alfonso de este encanto.

Alv. Fañ. Mi vida ofrezco, para conseguirlo.

Garc. Mas se debe excusar todo alboroto,

no parezca motin, el que es oficio.

Alv. Fañ. A quanto dispusieres, me resuelvo.

Garc. Pues si tú me acompañas, hoy consigo eternizar el nombre castellano con la violenta empresa, que medito: y verá el mundo en mí, quando contemple los efectos, que ya me pronostico, la mayor lealtad en la osadía; pues hay casos tan raros y exquisitos, en que es mas fiel el ménos obediente, y mas leal, el que es ménos sumiso.

JORNADA TERCERA.

Salen Hernan García, Alvar Fañez, y Castellanos.

(día,

Cast. 1. Este descuido, Hernando, esta desies el alivio, que esperar debiera un reyno, que tan graves infortunios padece?

Cast. 2. ¿Así se cumplen las promesas, en cuya fe libraba su esperanza el pueblo castellano?

Cast. 1. Qué torpeza, Alvar Fañez, oprime los alientos en tan fuerte ocasion?

Cast. 2. Qué indiferencia tan odiosa en tan grande coyuntura os suspende? Sabeis que Raquel reyna? Que Alfonso de su encanto seducido mas que nunca á su arbitrio se sujeta? Que el trono de Castilla venerable ocupa ya Raquel? Que la sentencia del general destierro del hebreo está ya revocada? Que con fiestas celebra el Israelita, y con aplausos por Toledo su triunfo y nuestra mengua? Es éste de Raquel el exterminio?

Esas, Hernando, son vuestras ofertas?

Sabeis, que á su rigor quedan expuestos

los vasallos de Alfonso? Qué violencias

no intentará, creyéndose ofendida!

Quién seguro estará de su soberbia!

Para esto conspiró vuestro denuedo?

Así se logra el fin? No, no consienta

nuestro valor, ultrage tan indigno:

muera Raquel: quien por leal se tenga,

abrece la ocasion de acreditarse.

Y pues se advierte tanta indiferencia,

en los nobles, la hazaña, que á otros toca,

de la abatida plebe empresa sea.

Alv. Fa. No así culpeis de omiso, castellanos, mi valor. Presumis que la nobleza descuidar puede sus obligaciones? ¿Juzgais que del plebeyo las miserias puede ver, sin que exponga en su remedio toda su autoridad? Ya está resuelta la ruina de Raquel: vuestros enojos sean el instrumento: de la empresa ha de ser Alvar Fañez el caudilo.

Echando mano á la espada, y pasándose al bando de los Castellanos.

Muera Raquel: armad la invicta diestra, castellanos, y acabe esta ignominia de una vez nuestro acero.

Castellanos echando mano á las espadas.

Muera, muera.

Garc. A dónde así correis precipitados?

Deteniéndolos.

Qué furor os impele? Qué imprudencia os obliga á tan grande desacierto?

Así rompéis de la naturaleza las leyes sacrosantas? De españoles se creará accion de tanto opróbio llena?

Así de este lugar los privilegios se traspasan, profanan y atropellan?

Sabeis la inmunidad de aqueste sitio?

Sabeis, que el Cielo, y la razon condenan á quien le pisa ménos reverente?

¿Y tú, Alvar Fañez, que advertir debieras mejor la gravedad del desacato, así llevarte de su furia dexas?

Qué es esto, castellanos valerosos?

Reportáos: el limpio acero vuelva á su lugar; que males de esta clase los remedia el consejo, no la fuerza.

Alv. Fa. Tú, Fernando, te opones al intento?

¿Quando en la muerte de esa vil Hebrea tratamos de la vida del Monarca, así el hecho acriminas y motejas?

Fernando, esto es lealtad.

Garc. Quién os ha dicho,

ó multitud ilusa, que se pueda

ofender á Raquel, sin que de Alfonso la autoridad y pundonor padezcan?

Alv. Fañ. Pues si Raquel á Alfonso tiraniza, quien quebranta sus hierros y cadenas, quien á su Rey liberta de un desdoro, no obra comó leal?

Garc. Y quien intenta, que un delito castigue otro delito,

obra con equidad y con prudencia?

No oscurcezcáis así vuestras hazañas: confiésoos la razon de vuestras quejas: no niego de Raquel la tiranía.

Yo mismo sus excesos y violencias acabo de sufrir; el miserable estado de la plebe las vocea.

Las naciones extrañas, todo el mundo, que el castellano imperio considera, piden satisfaccion. Yo, yo entre tantos soy, el que mas que todos la desea.

Pero ni yo, ni el mundo, ni el estado podremos aprobar, que se cometa contra el honor de Alfonso un desafuero.

Y qual será la vil cobarde diestra, que se atreva á esgrimir la injusta espada contra Raquel? ¿Será gloriosa empresa de un castellano acero, cuyos filos

fueron horror de huestes Agrenas, teñirse con la sangre desdichada de una infeliz muger? Será proeza?

Alv. Fañ. Qué mudanzas son estas? Tú,

Fernando,

en este mismo instante no confiesas la justicia y razon que nos asiste?

No eres tú, quien dispone y quien ordena de este mal el remedio? Para el hecho tú mismo con tus voces no me alientas?

Cómo, pues, ya te opones?

Garc. Engañado

enormemente estás, si acaso piensas, Alvar Fañez, que puedo retraerme de este intento jamás. Vida y hacienda,

tranquilidad, y todos quantos bienes tiene el humano ser, al punto diera por redimir á Alfonso y á Castilla.

A esta plausible, á esta gloriosa empresa os animé; para esto con vosotros conspiró mi lealtad: mas con reserva

del decoro del Rey, que es en los nobles el cuidado primero.

Alv. Fañ. Pues nós queda,

para lograr el fin, otro recurso?

resta otro medio alguno?

Garc. Sí, otros restan.

Y quando otros no hubiera, quien haría uso del que decís, que leal fuera?

Alv. Fañ. Quien vea, que sus voces no se escuchan,

que sus ruegos é instancias se desprecian,

y que es su tolerancia y su silencio fomento del rigor y la soberbia.

Garc. Y esa razon excusará el delito?

Alv. Quien culpe nuestra accion, tambien es confiese, que con ella se redime (fuerza, de este Reyno el baldon, del Rey la afrenta.

Garc. Y esto no podrá hacerse, sin que man- el castellano nombre accion tan fea? (che *Alvar Fañ.* Qualquiera ménos fuerte será inútil,

tú, Fernando, tú tienes la experiencia.

Garc. Clausuras hay, que roben á los ojos de Alfonso el fuerte hechizo, que los ciega.

Alv. Fañ. ¿Y no habrá aduladores que descubran,

mérito haciendo de la diligencia, el lugar donde esté, por mas remoto que se procure? ¿La voráz hoguera de amor no deshará muros altivos, recios candados, y robustas puertas?

Garc. Países hay extraños y remotos, en que Raquel sepulte su belleza.

Alv. Fañ. Si á un amante vulgar nada contiene; (ga?

qué habrá, que á un Rey amante le conten-

Garc. El presidio, que entrando va en Tolé- pudiera acaso... (do,

Alv. Fañ. Así las tropas nuestras agravia, quien las vió obrar tantas veces? Son forzadas, venales ó extrangeras?

No son gente escogida en los concejos de Adaja, de Arlanzon, y de Pisuerga?

Garc. Qué en fin estais resueltos, castellanos?

Cast. Querernos contener, es vana empresa.

Garc. Pues, supuesto que estais determina- y no es posible haceros resistencia, (dos, solo pretendo, suspendais la furia un breve espacio. Doble-culpa fúera,

atreverse á Raquel, estando Alfonso presente á sus ultrages: ni pudiera vuestra intencion acaso conseguirse, si por ventura Alfonso á comprehenderla llegase. Y pues que suele con el noble recreo de la caza partir treguas en la guerra de amor, esta oportuna ocasion esperad, porque con ella

vuestra accion se asegure, y que de Alfonso menor sea el dolor, menor la ofensa.

Alv. Discutres bien, García; y porque notes,

que solo el bien del Rey hoy nos alienta, y de Alfonso el honor, suspenderémos por ahora el intento: mas se entienda, que ha de morir Raquel precisamente.

Cas. 2. Dispon, quanto juzgares, que conven- como á verter su sangre se dirija. (ga, *Alv. Fañ.* Sí, castellanos: su maldad perezca. *Vanse Alvar Fañez y Castellanos.*

Garc. O-fiera multitud, cómo se engaña, quien sobre tí tener arbitrio piensa! Mas, pues he suspendido los enojos, aprovechemosla ocasion estrecha.

Sepa Alfonso el peligro, á que su ciego amoroso delirio tiene expuestas su autoridad, y de Raquel la vida: que por ventura, si á saberlo llega, de sí la apartará, por libertarla.

De esta suerte Castilla se sosiega: de Alfonso no padece el real decoro: su vida esa infeliz tambien conserva; que aunque tan ofendido y agraviado me tiene, esto le debo á mi nobleza.

Sale Manrique.

Manr. Mucho siento, García, haber de darte un disgusto y pesar.

Garc. ¡Qué necio fuera, quien esperara ménos que pesares en tan infames dias, en que reyna la iniquidad, y están entronizadas la maldad, la injusticia y la violencial Dí, Manrique, cuáles: nada me asusta: nada me admira ya.

Manr. Raquel ordena, salgas hoy de Toledo desterrado.

Garc. Desterrado? Y por qué?

Manr. Porque fomentas sediciones contra ella, y...

Garc. Sella el labio: porque me irrita mas que tú te atrevas á proferir calumnias semejantes, que el proceder injusto de esa Hebrea. Yo muevo sediciones? Vive el cielo, que miente quien lo dice, y quien lo piensa. Qué hubiera sido de la infame sangre de esa muger, si yo leal no hubiera contenido los ánimos feroces, que ya volaban á saciarse de ella? Quién es, quien de su vida ha sido escudo? Y quién acaba de...? Pero qué necias

satisfacciones? Di á Raquel, que Hernando dice, que tiene Rey á quien venera: que solo sus preceptos obedece: que los demas los oye y los desprecia; y que no es de la clase desdichada de aquellos, que por medio de vilezas pretenden sus aumentos, como hace alguno, de su crédito con mengua. Y dila, que si juzga que en Toledo incomodarla puede mi asistencia, está muy engañada: que entre tanto que ella su perdicion busca y fomenta, busco yo modos de librar su vida de los continuos riesgos, que la cercan: que vele sobre sí, pues de contrarios poderosos la cólera resueita contra su vida se arma nuevamente.

Débase esa cruel esta advertencia: corresponda á un agravio un beneficio: que así, Manrique, Hernán García se ven-

Manr. Mi obligacion, Hernando... (ga.

Garc. La de un noble, y la de un castellano fiel debieras mirar mejor.

Manr. Los Laras de leales siempre fueron espejo.

Garc. Bien lo prueba, el haber entregado á Alfonso en Soria de su tirano tío á la tutela.

Nuño Almexi, que supo rescatarle, dirá vuestros elogios.

Manr. Fué violencia.

Garc. Convenienciá diriais propiamente, pues os valió del reyno las tenencias.

Manr. Siempre Laras y Castros se estimaron.

Garc. Mi padre lo diria, si viviera: de quien, porque en la vida no pudisteis, la venganza tomasteis en la huesa.

Manr. Pero yo de vos siempre...

Garc. El enemigo

habeis sido: ya sé vuestres cautelas:

ya sé, cuánto me honrais: ya lo comprendo y supuesto que el Rey aquí se acerca (do:

con Raquel, repetid vuestros oficios,

reiterad sumisiones é indecencias,

obsequios afectado interesado;

mientras yo espero á Alfonso, donde pueda darle avisos, que mas á mi honor quadren:

que liberten su solio de una ofensa:

que sosieguen disturbios y alborotos;

que ésta es mi lealtad, esa es la vuestra.

Vase.

Manr. Corrido estoy.

Salen Alfonso, Raquel, Ruben y acompañamiento.

Raq. En fin determinado *Llorando.* estais, Señor, á hacer mas placenteras las orillas del Tajo, con pisarlas en medio de los sustos que me cercan?

Alf. Sí, Raquel: Mas tú llora? Tú suspiras? Qué temes, Raquel mia? Qué recelas?

No mandas ya en Castilla? No se rigen á tu arbitrio mis Reynos? Ya tu diestra no es el móvil de todo? En mis dominios no te obedecen todos y respetan?

No tienes ya poder para vengarte, si hay alguno tan necio que te ofenda? No reynas como siempre en mi alvedrio?

Tus órdenes Toledo no venera?

Y en fin, no eres de todo el absoluto dueño?

Raq. Si, Alfonso; y solo así pudiera contemplarse de vos ménos indigna mi humildad. Hoy, Señor, vereis que acier- amor en la eleccion que de mi hace, (ta y que no siempre son sus obras ciegas.

Alf. Sí, Raquel mia: amor te ha coronado.

Y porque tengas desde luego pruebas de la estabiilidad de tu gobierno,

y quan segura estás aun en mi ausencia, al placer ordinario de la caza

intento no negarme. Nuevas fuerzas á las guardias se aumenten de Palacio

á mayor prevencion. Así desecha,

Raquel hermosa, esos recelos vanos,

que te causan pesar. Contigo queda el alma que te adora; y pues me brindan del Tajo ya las plácidas riberas,

á Dios, bella Raquel.

Vase Alfonso con el acompañamiento.

Raq. El cielo os guarde.

Quánto, ay de mí, que os ausenteis me pesal

Qué es esto, congojado pecho mio?

Corazon, qué temor te desalienta?

Qué sustos te atribulan? Ya Castilla,

á mi arbitrio no rinde la obediencia?

Pues, corazon, qué graves sobresaltos son los que te combaten, y te aquejan?

Sin duda debe ser, que como el cielo no te crió para tan alta esfera, como es el solio regio, mal se halla tu natural humilde en su grandeza. Tomen exemplo en mí los ambiciosos, y en mis temores el soberbio advierta, que quien se eleva sobre su fortuna, por su desdicha y por su mal se eleva. Mas cómo así me agravio neciamente? Mi valor, mi hermosura, las estrellas, el cielo mismo, que doró mi alma de tan noble ambicion, y la fomenta, no confirman mi mérito? ¿Pues cómo me puedo persuadir, que exceso sea de la suerte el supremo, el alto grado, en que está colocada mi belleza? El frívolo accidente del origen, que tan injustamente diferencia al noble del plebeyo, ¿no es un vano pretexto que la misera caterva de espíritus mezquinos valer hace contra las almas grandes, que en las preñcon que las ilustró pródigamente (das el cielo, las distingue y privilegia? No hay calidad, sino el merecimiento: la virtud solamente es la nobleza.

Sentándose.

Esto supuesto, habeis, Ruben, mandado disponer mis decretos?

Rub. Ya la hebrea nacion por mí las gracias te tributa, por lo mucho, Raquel, que te interesas en su alivio. Los pechos que pagaba, los servicios, las cargas, y gavelas están ya suspendidas, y dispuesto el reintegro tambien de todas ellas á costa del erario, como mandas; y porque éste tampoco así padezca, al Pueblo Castellano se duplican los impuestos.

Raq. ¿Razon acaso fuera, que quando de este reyno los vasallos en riquezas abundan y en haciendas, repartiese con pobres extrangeros, cuya industria y trabajo son sus rentas, las cargas del estado? Fuera injusta política.

Rub. Tambien, segun ordenas, el bando se ha dispuesto, que prohíbe, que dentro de Toledo nadie pueda

armas traer sin el real permiso: y aunque con la noticia descontenta está la gente ardiente y belicosa, viéndose desarmar, que efecto tenga el mandato á su tiempo, no lo dudes.

Raq. Así se humillará tanta soberbia.

Rub. Las cabezas del público alboroto se buscan; pues se sabe con certeza, que no le fomentó Fernan García, para que se haga un escarmiento en ellas.

Raq. Está bien: mas de Hernando las audacias se deben castigar.

Rub. Ya le destierras.

Manr. Y yo, Raquel, que le he notificado el orden, soy testigo de la fiera altivez, con que á tí, y á tus decretos vilipendió.

Ra. Pues luego se le prenda: *levantándose.* como á reo de estado se le trate, y probada su torpe inobediencia, hoy le vea Toledo en un cadalso, donde á un verdugo rinda la cabeza.

Rub. Cortó castigo á tanta demasia. Aqueño sí, Raquel: todo perezca, quanto á tu elevacion contradixere, quanto pueda oponerse á tu grandeza.

Haz, que Castilla sienta tus rigores: de sangre criminal las calles riega: no quede castellano sospechoso, que no adore tu planta, ó que no muera.

Raq. Cómo adulan mi oido esas palabras! cómo, Ruben...!

Cast. dentro. Sin nota de vileza ya sufrir mas la lealtad no puede.

Raq. Ruben, qué nueva confusion es esta?

Garc. dentro. Reportaos, Castellanos: no desdore

vuestra fama y renombre accion tan fea.

Cast. dent. Es tiranía, ya sufrir no puede la lealtad sin nota de vileza.

Manr. Voces del pueblo son alborotado.

Raq. Del pueblo? qué pretendes?

Rub. Acaso intenta

demostrar con su pública alegría, que en tus elevaciones se interesa.

Quánta fuerza me hago, al pronunciarlo!

Mucho temes, Ruben: mucho recelas.

Raq. Ha de la guardia? Pero qué es aquesto? Nadie me oye? Ay de mí! Todos me dexan?

Examina la causa de este exceso,
Manrique.

Manr. Al Rey con la mayor presteza
buscaré; que sabiendo tanto insulto,
volará á remediarle.

Raq. Ya mas cerca
el rumor se oye.

Cast. dent. Ya sufrir no puede
la lealtad sin nota de vileza. (do

Rub. Ay de mí! qué es aquesto? el pueblo to-
segunda vez se arma en nuestra ofensa.

Dónde me esconderé, que el riesgo evite?

Raq. Ay de mí triste! qué desdicha es ésta?
Qué es aquesto, Ruben? No has escuchado?

Rub. Estas son las funestás conseqüencias,
que por mas que esforzaba el artificio,
temí de mi ambicion y tu soberbia.

Del extremo peligro en que nos vemos,
ella ha sido la causa: considera

el triste fin, que las maldades tienen,
y huye de tanto riesgo, como puedas.

No pongas mas en mí la confianza,
que no valen ya astucias ni cautelas.

Vase.

Raq. O caduco traydor! Qué tarde llego
á conocerte! Tus iniquas reglas,
tus consejos mi mal han producido.

Y ahora de mí huyes, y me dexas?

Mas ay de mí! O Alfonso descuidado,
con quán justa razon lloré tu ausencia!

Qué haré? Dame remedio ingenio mio.

Mas, ay! que la atrevida voz sangrienta
entre quejas me intima mi desgracia,
diciendo, que el sufrir es ya vileza.

Ya el tirano cuchillo que el airado
brazo contra mí esgrime, me amedrenta;
y ya parece, que en copiosas fuentes
el humor se desata de mis venas.

Qué horrorosa es la imagen de la Parca
á un alma enamorada! O, quién pudiera
revocar con el ayre de un suspiro
á Alfonso! Pero ya que se decreta (le,

mi muerte, el contemplar, que es por amar-
menor hace el dolor, menor la pena.

Y vosotros, ministros injuriosos
de la ferocidad y la inclemencia,
llegad apremurados. Qué os detiene?

Dad la muerte á Raquel, que ya la espera.

Sale García.

Gar. La vida vengo á darte, no la muerte;

aunque no fuera extraño lo temieras
quando ofendes mi honor con tanto ul-
trage.

El pueblo, ya lo escuchas, la sentencia
fulmina contra tí, y en mil espadas
te amenaza la muerte: su fiereza
ni atiende mi valor, ni mi respeto.

La misma guarnicion, que en tu defensa
ha llegado, comun hace la causa.

Tomadas están ya todas las puertas,
para lograr su intento. Yo, que á Alfonso
venero con la fe mas verdadera,

que cuido del honor de su corona,
y solo sus servicios me desvelan;

quando todos tu muerte solicitan,
guardo tu vida; mi lealtad atenta,
al salir á la caza, le esperaba,

para avisarle de la torpe y fiera
resolucion del pueblo; mas él ciego,
por adular tu indignacion proterva,

no solo no me oyó; pero ni quiso
admitirme siquiera á su presencia.

Y aunque pudo el desayre retraerme
de mi designio, válgate el ser prenda
de mi Rey y Señor; el ser yo noble;

el ser leal vasallo: mis querellas
personales pospongo á su decoro:
que esto manda el honor y la nobleza.

Raq. Cómo, aleve, traydor...?

Garc. Raquel, no es tiempo
ni de satisfacciones ni de quejas.

Yo soy leal; jamás tu muerte quise,
y si lo quieres ver, tienes la prueba.

Resuélvete, Raquel: á esos jardines
de la Torre vecina da una puerta,
que el no uso tiene ya casi olvidada:

criados y caballos, que me esperan,
prevenidos están: el inminente
riesgo salvemos: demos así treguas
á que volviendo Alfonso, se remedie
tan grave mal.

Raq. Ya alcanzo tus cautelas.
Quieres valerte tú de ese artificio,
para hacer tu venganza mas secreta?

Gar. Mira, Raquel, que el tiempo se malogra.
Raq. Muera yo, como nada á tí te deba.

Garc. Advierte, que tu muerte es ya precisa.

Raq. Si te creyese, mas precisa fuera.

Garc. Qué en fin quieres perderte?

Raq. No te escucho.

Garc. No me quieres seguir?

Raq. Estoy resuelta.

Garc. Así mueres sin duda.

Raq. Y si te sigo,

será acaso mi muerte ménos cierta?

Garc. Pues si hubiera artificio en mis palabras, y aspirara á vengarme, no lo hiciera impunemente por agena mano en tanta confusion?

Raq. En vano empleas razones que no pueden persuadirme; si falsas, porque es bien guardarme de ellas; y si son verdaderas, porque el hecho me llena de rubor, y de vergüenza. *Vase.*

Garc. ¡Válgame Dios, cómo permite el cielo, que los malos se cieguen, quando intenta castigar sus delitos y maldades! Pero qué podrá hacer? Ya la violencia penetra hasta este sitio.

Salen Alvar Fañez y Castellanos, con las españas desnudas.

Alv. Fañ. Castellanos, muera aquesta tirana.

Cast. Muera, muera.

Garc. Bárbaros, cuyo insulto á sacrilegio pasa ya: qué furor os atropella? No contiene e e sólo vuestras iras? del lugar lo sagrado no os refrena? Sois castellanos? Sois...?

Cast. 2. Porque lo somos, de este lugar vengamos las ofensas.

Alv. Fañ. Y porque nos preciamos de leales, borrar queremos las indignas huellas, que le profanan con la sangre misma del sugeto, que obró la irreverencia. Ea, pues, Castellanos, exámine nuestro cuidado hasta las mas secretas cámaras de este alcázar; y tú, Hernando, no hagas á nuestro intento resistencia; pues tu valor expones á un desayre, y tu fidelidad á una sospecha. *Vase.*

Garc. O ilusión temeraria! en el delito cifras la lealtad. O quién pudiera contener el exceso! Mas si á Alfonso corro á avisar, Raquel expuesta queda; si en su defensa expongo yo mi vida podré lograr acaso con perderla, librar la suya? O extremos infelices! Si acaso viendo el riesgo, se aprovecha de mi aviso Raquel? Hacia el postigo

parto veloz con intención resuelta de libertarla, aunque mi vida arriesgue. Pero Ruben....

Sale Ruben huyendo.

Rub. O horror! ó muerte! ó tierra! cómo á este desdichado no sepultas? Tus profundas entrañas manifiesta, y esconde en ellas mi cansada vida: líbrame de los riesgos que me cercan. Qué susto! qué pesar! nadie se duele de mí?

Garc. Sí, infame. *Sacando la espada.*

Rub. Tu rigor modera: ten, Fernando, piedad: no me des muerte. *Garc.* Vil consejero, horrible monstruo, fiera, cuyo aliento mortal inspiró tantas máximas detestables á esa Hebrea, que por fin su desdicha han producido, y la tuya tambien; aunque merezcas bien la muerte cruel, que estas temerarias sabe, que aqueste acero en tu defensa arma mi brazo.

Rub. Cielos, qué he escuchado?

Garc. Y qué á Raquel, si el cielo no lo niega, he de librar á costa de mi vida. No por tí, infame hebreo: no por ella: por ser leal: por ser García de Castro, y porque el mundo por mis hechos vea, que el noble noblemente ha de vengarse; y que quando del Rey el honor media, á su decoro deben posponerse propios agravios, y privadas quejas. *Vase.*

Rub. O palabras terribles! cuánto engañado padece aquel que juzga de apariencias. quién tal creyera de su altanería! Mas, ay de mí! la débil planta apenas puedo fixar. Qué sustos, qué congojas me oprimen. O ambicion cuánto acarreas de males al que necio te da entrada! Ya sin duda á Raquel la furia ciega habrá dado la muerte: ya la mia se apresura: ay de mí! Pero no es ésta? No es Raquel la que huyendo hacia aquí viene?

ó si evitar pudiese, que me viera!
Retírase detrás del sólio.

Sale Raquel.

Raq. O muger desdichada! A cada paso el corazón desmaya, el pie tropieza. O peligro! ó dolor! De mil espadas